

Revista de Tropas Coloniales

Propagadora de Estudios Hispano-Africanos

Declarada de utilidad por Real Orden

CEUTA
Agosto-1924

DIRECTOR HONORARIO
EXCMO. SR. D. LUIS BERMUDEZ DE CASTRO Y TOMAS

Año 1
Número 8

Apuntes para la historia de nuestra acción protectora en Marruecos

EL PUERTO DE LARACHE

Por Gonzalo QUEIPO DE LLANO

Seguramente que cuando la Historia haya de juzgar la actuación de nuestros gobernantes en la implantación y desarrollo del mandato que en Algeciras recibimos de las naciones allí congregadas, habrá de ser muy severa en sus fallos.

Por triste que sea, es preciso confesar que cuando tuvo lugar aquella conferencia, no había, entre nuestros políticos, personas que conociesen profundamente cuanto se relaciona con el Imperio de Marruecos, y más triste aún, que son muy pocos los que después hayan querido especializarse en el estudio del problema que, por hoy, reviste mayor importancia para nuestra Patria; por eso nos eternizamos en un continuo tejer y destejer derrochando la sangre y las posibilidades económicas de la Nación, sin que se vislumbre la solución de tal problema que por cauces lógicos, estaría resuelto hace mucho tiempo, o se resolvería en un plazo infinitamente más breve del que crea necesario el más optimista de nuestros políticos. Para convencerse de ello, bastaría estudiar la labor que el general Berenguer realizó en la zona occidental o la realizada por los franceses en la casi totalidad del Imperio.

Cuando se escriba la historia de nuestra actuación se conocerá la serie de torpezas que han dificultado aquella, y para que el país juzgue, hemos de exponer algunas, Dios mediante.

Cuando nuestras fuerzas desembarcaron en las costas occidentales de nuestra zona de influencia, éxito debido al difunto señor Zugasti, (lo que confesamos, para que no se juzguen injustas las censuras, si alguna

vez tuviéramos que censurarle) el puerto de Larache, tenía una importancia enorme.

Baste decir, que servida la aduana por funcionarios españoles, llegó a recaudar alrededor de 35.000 pesetas diarias, recaudación que en España solo era aventajada, en aquella época, por la aduana de Barcelona.

Por eso, una compañía alemana construía el puerto de Larache, cuyas obras fueron suspendidas por nosotros, encontrándose hoy el puerto en muchas peores condiciones que entonces.

El camino de Larache a Alcazarquivir era diariamente recorrido por caravanas de camellos que sumaban la fantástica cifra de 4 a 5.000 cabezas de tal ganado que transportaba al interior, casi todas las mercancías que importaba Marruecos y la casi totalidad de cereales, lanas, huevos, etc. etc., que el país producía, que por el puerto de Larache tenían su salida natural.

Hoy, que con la construcción del ferrocarril Larache-Alcázar, se disminuye en 32 kilómetros la distancia a recorrer por los semovientes cargados hacia el interior del Imperio, es tan difícil ver un camello entre aquellas dos poblaciones, que los habitantes de aquellos parajes, podrían pensar, si fuesen desmemoriados, que tal animal no había existido nunca en la fauna marroquí.

La historia de tal cambio, produciría risa, si la indignación no diese rigidez a nuestros labios...

Corría el año doce: cuando iba a empezar el transporte de los cereales, que se estaban recolectando en el Imperio, el Gobierno francés, dió cuenta a nuestro Gobierno, de que en la zona francesa se había declarado la peste

bubónica, y le advertía que carecía de fuerzas que hubiera de dedicar a cerrar la frontera, para impedir la propagación a nuestra zona, lo que podríamos hacer nosotros. En efecto; con cuantas fuerzas teníamos disponibles, se formó un *cordón sanitario*, que impidiendo a las caravanas transitar por nuestra zona, se veían obligadas a llevar a Mehedia u otros puntos de la zona francesa, los productos de la tierra y de la esquila del ganado, con lo que sufrió rudo golpe el puerto de Larache. Era curioso, que los indígenas manifestaban desconocer la existencia de tal epidemia.

El comercio, perjudicado, confió en que al año siguiente podría encontrar una compensación a su perjuicio. Pero quiso nuestra mala suerte que al año siguiente por la misma época apareciese un foco de peste bubónica en un barracón del campamento de Alcazarquibir (precisamente el más cercano al camino que cruza entre el campamento y la posición de Sidi Aisa), foco que fué aislado sin haber hecho más víctimas que cuarenta y tantos soldados, de los que fallecieron próximamente un 50 por 100. Pero la existencia de tal enfermedad hizo preciso el *cordón sanitario*, con el que los productos de casi todo el Imperio tuvieron que buscar salida por los puertos de Mehedia, Rabat y Casablanca que a toda prisa y empleando enorme cantidad de millones, construían los franceses, al mismo tiempo que en el de Larache cesaban los trabajos, casi hasta los de dragado.

Por último, el año siguiente ¡pícara casualidad! por la misma época, aparecieron otros casos de la misma epidemia en el Campamento a Ras-Rmel, en la desembocadura del Lucus, en la orilla opuesta a la de Larache.

Decididamente, la Providencia estaba en contra nuestra. Durante tres años seguidos, los productos del Imperio buscaron salida por puertos de la zona francesa, en los que los exportadores encontraban toda clase de facilidades y amabilidades. Tres años seguidos, en los que todos los efectos importados para las necesidades de casi todo el Imperio, entraron por Mehedia, Rabat o Casablanca.

Y como el hombre *es animal de costumbres*, los géneros de importación o exportación continuaron utilizando aquellos puertos con peligro para el de Larache.

Pero no todos los negociantes en géneros de exportación é importación aceptaron definitivamente la desviación de sus negocios. Casas de alguna consideración, establecidas en Larache, que por distintas circunstancias no se aventan a trasladar su residencia, pretendieron continuar tal comercio desde aquella plaza de nuestra zona de protectorado, utilizando sus propias parras de camellos o de mulos, o bien las de indígenas con los que desde mucho tiempo otras tenían contraídos formales compromisos.

La *Providencia*, sin embargo, continuó mostrándonos esquiva. Carabanas de 30, 40 o más camellos, son a veces conducidas por uno o dos hombres. Por mucho que fuese el celo de éstos, les era muy difícil evitar que alguno de los camellos *quizás con la peor intención* alargase su pescuezo y comiese un bocado de mies, de hierba quizás. Y como la tierra en que la mies o la hierba crecía, estaba enclavada en la zona francesa constituía indudablemente un desacato para la nación hermana, del que indudablemente había que hacer responsable a alguien, y como el camello causante de tal desacato, no se daría cuenta seguramente de la causa del castigo que se le aplicase, era lógico que se encarcelase a los camelleros.

Mientras estos estaban en la cárcel, los camellos, a su libre albedrío, cometían otros desacatos semejantes, merecedores de análogos castigos, o permanecían en al-

gún fondak devengando pupilaje, o encerrados en algún corral, faltos de todo cuidado. Tal vez, las mercancías que aquella caravana conducía, sin tener quien se ocupase desaparecieran alguna vez, cosa, después de todo irremediable. Es el caso, que el camello fué desapareciendo poco a poco de nuestra zona, así como algunas casas de comercio de Larache, y lo que es peor, que aquella Aduana en otros tiempos tan productiva, según me decía no hace mucho quien tiene motivos para saberlo, no recaude en la actualidad, ni el 10 por 100 de lo que llegó a recaudar.

Siguiendo órdenes expresas de nuestros gobiernos, las fuerzas españolas en Larache, cooperaron en la obtención de tan brillantes resultados.

* * *

No hace aún un año, tuvimos la suerte de conseguir que se enderezase otro entuerto semejante.

Las kabilas de Gomara, al ver que se *había cerrado el grifo que hizo y sostuvo su sumisión*, habían realizado diversos actos hostiles contra las posiciones que por allí tenemos establecidas. Alguien, que desconocemos, sugirió la idea, *para castigarlas*, de prohibir hacer comercio con ellas.

La ciudad de Xauen era una ciudad industrial importante. En Xauen se construían esas *repisas o estantes*, (los nombramos en español para mayor claridad) de madera pintada, que figuran en toda habitación marroquí.

Había numerosos telares; fábricas de babuchas, de faroles, etc. En Xauen existían casas que realizaban el comercio del azúcar, del te, del aceite, con las kabilas de Gomara, que a su vez transportaban a Xauen, al interior, la pesca tan abundante en sus costas.

Al prohibirse hacer el comercio con tales kabilas, éstas desviaron hacia Uazan, no lejos en la Zona francesa, y al cesar la demanda, hubieron de trasladarse a esa ciudad de la Zona francesa, industrias que en Xauen florecían.

Al volver de Melilla en uno de sus últimos viajes, el Alto Comisario Civil, Sr. Silvela, tuvo el honor de llegar hasta el barco que le traía a Ceuta, y desde el barco acompañarle en la gasolinera hasta el muelle en donde le esperaba el tren que había de conducirle a Tetuán.

Durante este no breve recorrido, departiendo con él, vino a cuento, y le conté la desviación del comercio de Larache, de lo que quedó profundamente asombrado. Entonces le dije: «pues está ocurriendo ahora una cosa semejante con la industria de Xauen», y hecha la explicación que antecede, el primer acto realizado al llegar a Tetuán, fué ordenar al Baxa de Xauen, que se reanudara el interrumpido comercio con las kabilas de Gomara, salvándose así las pocas industrias que en Xauen quedaban.

En justicia, hay que aplaudir la determinación tan rápidamente tomada por el Sr. Silvela, que tanto satisfizo a los habitantes de Xauen. Pero esa misma rapidez demuestra la inconsciencia con que en Marruecos se tomaron las más importantes determinaciones.

¿Quien ordenó la suspensión del comercio? ¿Por qué no se consideraron todas las consecuencias que tal medida podía traer? ¿Por qué no se atendieron las repetidas advertencias del Baxa de Xauen que advertía del daño que se estaba causando a la ciudad? Preguntas son éstas a las que hubiera debido de contestarse aplicando la sanción oportuna a los responsables de tales torpezas, ya que es indudable que las quejas no llegaron al Alto Comisario, ni probablemente tuvo conocimiento de aquella tan poco meditada orden.

Gonzalo QUEIPO DE LLANO.

MIRANDO AL PORVENIR

Por Pedro MAESTRE

Permítame, señor Director, por una sola vez, un cambio de frente.

Hasta ahora habíamos considerado la orientación de esta REVISTA muy acertada para vaciar en ella cuantas ideas fuesen pertinentes respecto a las condiciones y organización de las tropas coloniales. Más que acertada, la creíamos necesaria, indispensable. En adelante, confesamos con absoluta sinceridad, que la REVISTA tiene otra misión más preferente que cumplir ya que será cándido seguir hablando de las tropas coloniales mientras que periódicos de gran popularidad atentan contra las colonias. Es preciso hacer girar el tema derivándolo hacia la situación lógica de razonada discusión que nos lleve a defender nuestro punto de vista en este laberinto problema de Marruecos, cuyo programa o solución, si bien permanece incógnito en las esferas gubernamentales, aparece definido y concreto en rotativos españoles del prestigio y circulación de «A B C», en términos tan imperativos y categóricos, que califica de ilusos a cuantos opinen en contra del criterio que defiende y que expone en su editorial del día 25 de Julio último en un artículo titulado: «La cuestión de Marruecos», que dice así:

«Desde la catástrofe del año 21 no ha tenido España un día tranquilo.

»Donde hay un moro habrá siempre un enemigo, y de ahí que nuestras posiciones avanzadas para nada sirvan políticamente.

»Si la sangre y el dinero que se han derrochado en defender posiciones inútiles y en librar batallas para llevar a sus defensores desde el agua hasta la leña se hubiesen empleado en algo positivo, España ocuparía actualmente un primer puesto entre las naciones europeas.

»Hay que terminar de una vez, pese a los optimistas y a los interesados en que esta lucha continúe; lo exige España, que es la que da sus hijos y el dinero.

»Deben rectificarse las líneas, abandonar las posiciones que de nada sirven y colocarnos en situación tal, que el territorio que ocupemos tenga siempre una cara al mar, que es España. Hay que llegar a un acuerdo con los jefes de las cabilas y valerse de la aviación, sólo de la aviación, para castigar a los que no cumplan lo pactado.

»No olviden los ilusos, los interesados en que todo continúe igual, que es España la que sostiene al Ejército de Africa, y que el país está decidido a que no continúe la lucha y está dispuesto a bendecir y enaltecer al Gobierno que le libre de la más horrible de las pesadillas: el de la desastrosa e inútil lucha de Marruecos».

¡Que lástima que no sea verdad tanta belleza y tanta economía como hay en el criterio que viene defendiendo «A B C» desde tantos años! ¡Con que facilidad pueden adjetivar los que viven en Madrid la vida sibarita de sus despachos, a quienes rodaron muchos años de campamento en campamento, aprendiendo lo que ellos ignoran.

Nosotros, llevados de ese ardoroso patriotismo que invoca «A B C», quisiéramos contrastar con el suyo nuestro criterio, y al efecto nos permitimos aventurar un juicio acerca de tan delicado asunto, cosa muy conveniente a la opinión pública que debe tener los elementos de juicio necesarios para el día del fallo.

Supongamos aceptado el criterio que mantiene «A B C». Las tropas abandonan las posiciones que de nada sirven y se repliegan a una línea que tenga siempre una cara al mar, que es España. Concertamos nuestros pactos con los Jefes de cabilas; repatriamos las tropas, excepto las necesarias para repeler cualquier intento de ataque a las posiciones y plazas, España disminuye extraordinariamente sus gastos en Marruecos, con un ahorro de sangre visible y ansiado por las madres españolas.

Todo se desliza como una seda en el primer trimestre. El pueblo «bendice y enaltece al Gobierno que le ha librado de la más horrible de las pesadillas: de la desastrosa e inútil lucha de Marruecos». Pero un día, los cabecillas con quienes hemos pactado la tranquilidad de la Zona (en el mejor de los casos, suponiendo que sean fieles a sus compromisos), se muestran impotentes para sofocar y contener la anarquía que viene del interior. Los jefes impuestos por nosotros, son suplantados por otros impuestos por los rebeldes. Aquellos amigos de España han sido exterminados por las hordas de la montaña, que pletóricas de armamento, sin freno, enardecidas por el ansia del rico botín cuando no por odio al cristiano, golpean y atacan nuestras posiciones de la costa. Resultará que hemos rehusado hacer la guerra lejos y entonces la tendremos en las puertas de casa. Más fuerzas a Marruecos, aumento de gastos. la misma intranquilidad, idéntica situación; quizás más económica, pero más apremiante.

Continuando la hipótesis, al otro lado, en la frontera francesa, nuestros vecinos han terminado la organización de los territorios limítrofes; han recogido el armamento como tienen por costumbre y los poblados están indefensos. Contra ellos irán los indígenas de la Zona española, desorganizados y en partidas bandalíticas a robarles sus ganados. Francia reclamará como es natural. Nuestros aeroplanos dejarán caer la metralla que quieran sobre los poblados acusados en la información que remita Francia y en vista de lo injusto y de lo impreciso del castigo, que deja a los autores en la más completa impunidad, los hechos se repetirán dando lugar a Francia a una más enérgica protesta, hasta que venga la disyuntiva. ¿Castigamos nosotros o castigan ellos? Esperamos que «A B C» tenga la bondad de ilustrarnos con la contestación adecuada que entonces habrá de dar España.

Por otra parte. Si nos hemos comprometido ante Europa a pacificar la Zona norte de Marruecos y a imponer allí las reformas administrativas, económicas, financieras, judiciales y militares de que necesita, cuando vean las potencias interesadas que no hemos impuesto ninguna, ni tenemos pensamiento y por este motivo

reclamen, ¿qué contesta España? Recurriremos a alguna eminencia diplomática que redacte la nota y nos consideraremos salvados; bien seguros en el fondo, de que contra estas situaciones no valen habilidades. ¿Y qué ocurrirá después? ¿Abandonamos la Zona? ¿Se pueden hacer poblaciones de la importancia de Melilla, Ceuta, Larache, etc., etc., para abandonarlas con todos los intereses inherentes a los millares de españoles que residan en dichas plazas? ¿Se puede por inexcusable abandono y sin contraer una grave responsabilidad con las generaciones futuras, olvidar las respetabilísimas opiniones de tantos estadistas españoles como eran y son partidarios de conservar esa faja de territorio de protectorado?

De ningún modo; además, el criterio de «A B C» jamás fué abandonista, pero ya estamos viendo la incómoda postura de España hostilizada por todas partes, y así no es posible seguir. Será preciso penetrar de nuevo y entonces será más difícil, porque esas kabilas que abandonamos en el repliegue que aconsejó «A B C» y que entregamos a la venganza cruel de Abd-el-Krim y sus secuaces, nos juzgarán de modo que no queremos calificar y sólo cederán al paso de la fuerza, con lo cual se aumentarán los sacrificios y las dificultades.

En resumen. Que imponiendo el criterio sustentado por «A B C» que ofrece como una solución radical y salvadora, no haríamos más que continuar la política de desaciertos de tejer y destejer, quedando en pie el problema erigido en una preocupación nacional desoladora.

La que nosotros ofrecemos en oposición a la expuesta anteriormente, la consideramos más lógica, más digna, más económica, más viril, más en armonía con la legítima aspiración de España de conservar su personalidad histórica y no quedar aislada en el concierto europeo. Examine el lector y juzgue:

Nosotros también somos partidarios de una rectificación de líneas, aunque al contrario que «A B C» y estimamos que las condiciones estratégicas de las nuevas posiciones deben permitir cómoda estabilización a nuestras tropas. Luego, ni un paso más hasta que tenga una perfecta organización la zona ocupada.

He aquí, lector, a nuestro juicio la verdadera doctrina.

La zona de Marruecos que por el Tratado de 1912 tiene encargo de proteger España ha de ser considerada para los efectos de organización y administración, como una prolongación del suelo español.

Con igual celo, con idéntico patriotismo que si se tratara de una región española, ha de velarse por la causa de los indígenas, pues no debe ocultarse a su claro juicio en ningún momento que el arte de proteger estriba en hacer al protegido dúctil a nuestra causa para que acepte de grado las reformas que haya menester ese país no sienta jamás el peso de nuestra intervención.

Pero como esa zona tiene territorios sometidos al Majzen dispuestos a colaborar en la obra de civilización y otros insumisos que siguen las predicaciones de rebelión de sus cabecillas, será conveniente distinguir entre una y otra zona denominándolas «zona sumisa» y «zona insumisa», agregándose la palabra oriental u occidental, según se halle del territorio de Melilla o Larache.

Si no estuvieran nombradas las autoridades, incluso en los pueblos pequeños, se dispondrá su nombramiento, procurando, como es natural, que recaigan en los indígenas de mayor solvencia moral y de más arraigo en el país, siempre que sean afectos a la causa de España, cuya gestión oficial será intervenida por la acción militar o civil que corresponda y en la medida

más o menos directa, según su moralidad, que los interventores consideren prudente.

Por medio del «Dahir» (Gaceta Oficial), y en forma circular para que llegue a todos los ámbitos de la zona, se ordenará que sean entregadas en el plazo de un mes, todas las armas útiles que tengan en su poder los indígenas. Expirado que sea el plazo, los oficiales de Policía Indígena, girarán frecuentes visitas de inspección a los poblados, hasta conseguir el desarme total de las kabilas.

Los indígenas que procedan de la zona insumisa y se les detenga con las armas en la mano serán considerados como reos de alta traición.

Los poblados limítrofes a la zona insumisa tendrán el armamento necesario para su defensa, perfectamente registrado y garantizado y con guía de la oficina correspondiente porque no sería justo ni conveniente dejarles indefensos contra cualquier agresión inesperada que proceda de la otra zona.

La intervención civil conviene, por ahora, limitarla a las zonas urbanas determinadas actualmente, procurando que estas primeras organizaciones municipales, que han de ser el patrón por que se rijan las que sea necesario constituir en el interior, sean modelo de administración honrada y espejo de actividades y buenas costumbres.

Abrumada la Hacienda española por la carga que suponen los gastos de Marruecos, debe otorgarse una atención primordial para lo económico. No se pretende agobiar al país con impuestos o arbitrios de cuantía superior a lo que es de derecho musulmán. Solo se desea mirando al porvenir, que se eduque a la zona pacífica, donde tenga pleno desarrollo en vida industrial o agrícola, en pagar sus cargas al Estado marroquí, porque no es racional ni equitativo demorar por más tiempo el estado de verdadera atonía en que se halla el Tesoro xerifiano de la zona, mientras que sus obligados contribuyentes están al margen del régimen tributario.

En su consecuencia debe procederse con la mayor urgencia tan pronto esté confeccionado el Catastro de dicha zona, a organizar en cada Bajalato la Junta recaudadora del impuesto sobre las cosechas, llamado «tertib» y otros por ganaderías, 20 kas etc., de uso corriente en el país, y que deben constituir la fuente de ingresos del Estado marroquí. Una vez normalizada y reorganizada la marcha administrativa de un Bajalato, la intervención militar hará entrega del mismo, con las formalidades convenientes, a la intervención civil, dejando, para seguridad y garantía de la autoridad civil las fuerzas del Ejército que considere necesarias.

Mientras exista un déficit exorbitante en el presupuesto de la zona, es conveniente restringir el plan de obras públicas y vías de comunicación estrictamente a las disponibilidades del presupuesto, excepto en aquellos casos de fuerza mayor, como son puentes para paso de tropas, caminos para nuevas posiciones que se ocupen, etc., que se atenderían con los créditos más precisos.

Debe procederse con toda diligencia a relacionar los bienes Habus de cada Bajalato, inspeccionando la administración de los «nadires» encargados de ella, para que sus rentas tengan buen tipo y efectivo ingreso en el Tesoro jalifiano.

La tasa urbana, o sea el importe del 10 por 100 sobre las rentas de los edificios de propiedad particular de cada población, debe ser igualmente recaudada y considerada como un ingreso aplicado al desenvolvimiento de las Juntas de servicios locales o municipios que se vayan construyendo.

Con los referidos ingresos y el doce y medio por

ciento que se recauda en las aduanas, más algún otro que escape a la previsión de momento, debe formalizarse cada año el presupuesto de ingresos y gastos, para poder apreciar la diferencia que debe suplir el Estado español con cargo a la Deuda de Marruecos.

Siendo la escuela fundamento de civilización, debe prestarse preferente atención a las escuelas hispano-árabes poniéndose de acuerdo con el Inspector General de enseñanza para la edificación de locales y organización de ellos en la medida que vaya permitiendo y en los territorios donde haya sido sustituida la intervención militar por la civil.

Los terrenos de propiedad que el Estado español posee en la zona deben ser cedidos en arrendamiento a españoles, precisamente prefiriendo entre ellos a los que los utilizaran para el establecimiento de granjas agrícolas o campos de experimentación, aun cuando ello mereciese alguna subvención por parte del Gobierno, siempre que sirviera de fomento y enseñanza a los agricultores indígenas.

Como el desarrollo de la acción militar en su esfuerzo para llegar a la acción civil, y ésta para organizar y pulimentar los Municipios y demás servicios del Majzen, requiere personal competente, conocedor de la psicología del país, de su idioma y sus costumbres urge crear una Escuela Especial de asuntos de Marruecos, donde deberán adquirir título de aptitud cuantos pretendan, así civiles como militares, ejercer el cargo de **Interventores** en el protectorado.

Esto por lo que respecta a la zona sumisa.

Por lo que afecta a la zona insumisa nos parecen utilísimas las indicaciones siguientes:

Es una realidad que todos los poblados situados frente a la línea de posiciones que constituyen el límite de la zona sumisa y que están bajo el fuego de nuestros cañones, no pueden ser enemigos nuestros, y si alguna vez nos muestran su hostilidad, es una hostilidad forzada, que nace en el interior y a semejanza del oleaje del mar se rompe en las orillas.

La situación insostenible y crítica de estos aduares que tienen que vivir resistiendo la furia de los cabezillas celosos de nuestra vecindad y mirando a la boca de nuestros cañones, debe ser el fundamento de nuestra penetración política. Utilizando la amistad de los indígenas más prestigiosos de la zona sumisa, de acuerdo con las autoridades y con la intervención del Jefe de la Oficina Central de asuntos indígenas, que debe en todo momento seguir sus inspiraciones, se logrará entrar en conversaciones amistosas con los moros más acomodados de dichos poblados, quienes con el natural deseo de conseguir la tranquilidad de sus familias y poner a buen recaudo sus intereses, nos suministrarán cuantos datos posean para facilitar que nuestras líneas de posiciones pasen a vanguardia de sus poblados, que así se verán libres de estar entre dos ascuas.

Logradas estas amistades, de puro convencionalismo si no pueden ser efectivas y sinceras, viene el cambio de impresiones y la exploración diplomática más conveniente sobre un nuevo avance. Es preciso conocer antes de dar un paso, importantes detalles, a saber: Número y situación de los aduares, armamento que poseen, figuras interesantes de las kabilas, fertilidad del terreno, ríos que las atraviesan y sus vados, fuentes, caminos de más fácil acceso, su riqueza agrícola y ganadera, etc., etc.

El señalar la primavera para realizar las operaciones, tiene el doble objeto de aprovechar el buen tiempo y el temor que supone para ellos la pérdida de sus cosechas en flor.

El territorio acotado cuyas operaciones hayan sido

planeadas debe ser objeto anticipadamente de una acción política intensa por medio de proclamas que dejarán caer nuestros aeroplanos en la zona de mayor concurrencia y utilizando todos los recursos de persuasión para penetrar, si no pacíficamente, con la menor resistencia posible. No hay inconveniente en hacerles conocer la profundidad que tendrá el avance, con lo cual conseguiremos abstenciones de las kabilas que sepan que no han de ser invadidas, invitando a una prudente reflexión o las que han de serlo.

Si la gestión política no diese los resultados apetecidos, llegado el momento de emplear la fuerza y una vez que se hayan conseguido todos los objetivos, debe imponerse una indemnización de guerra proporcional a la riqueza de la región invadida y la entrega de todo el armamento que posean, no permitiéndoles labrar sus tierras ni apacentar en ellas sus ganados mientras no la hayan hecho efectiva o presenten garantías de hacerlo.

Cumplido el anterior requisito, estos nuevos territorios, serán considerados como zona sumisa, nombrándose las autoridades por el procedimiento conocido y dándoles idéntica organización, pudiendo recoger entonces el armamento que ya queda a retaguardia y entregándolo con las mismas formalidades a los nuevos aduares de vanguardia.

Estando convencidos de que la acción de España tiene necesaria y paulatinamente que hacerse extensiva a la totalidad de la zona, aún discrepando del criterio de eminentes hombres públicos que han sostenido que nuestra acción debe limitarse a la ocupación de la costa, sin reflexionar las contingencias futuras de vecindad que pueden sobrevenir cuando Francia haya ocupado los territorios de su zona limítrofes a los nuestros, creemos es conveniente que las acotaciones de terrenos que convenga ocupar no reconozcan como una necesidad el que estén próximas a la costa, si por su fertilidad y mejor acceso fuese más conveniente penetrar en otras más internas, con tal de encontrar en su topografía algún valle de fácil salida a la costa, aunque con el fin de acortar el frente pueda ser objeto de otra operación complementaria.

En los avances sobre el límite de la zona francesa es conveniente ir de acuerdo con el Alto Comisario francés y concertar las fechas en que convenga operar a ambas naciones amigas para combinar los movimientos de las columnas y el fondo del avance, con lo cual conseguiremos mutuamente que los sacrificios sean inferiores.

De esta manera, firmes en la defensiva y duros en la ofensiva, estando seguros de que no tenemos ningún enemigo armado a retaguardia de nuestras posiciones, lograremos estrechar el cerco cada año, y en una operación final y definitiva caerá en nuestro poder la República de Abd-el-Krim. Mientras tanto debe procurarse que nuestras escuadrillas de Aviación le hagan la vida imposible, adoptando las precauciones necesarias durante la época de estabilización de nuestras líneas defensivas, para que sus iniciativas de ataque se estrellen al primer intento.

Esto aconsejamos, y tenemos una fé inquebrantable en que si el pueblo español hace suyo este programa con perfecta unidad de criterio, nuestra empresa africana dejará de ser un fantasma en pocos años, aun cuando en sus comienzos hasta imponer la organización conveniente, nos costase algunos sacrificios.

Pedro MAESTRE.

Granada 5 de Agosto de 1924.

Las enfermedades y su curación según el Haditz

Nuestra intervención en la salud espiritual y material de nuestra Zona

Por Manuel del NIDO

Entre las muchas curiosidades que encierran los Haditz del Profeta de Alah, pocas serán más notables que las relativas a las enfermedades que afligen al género humano y los remedios curativos propuestos y admitidos por Mahoma.

Conforme dijo el Profeta, Alah no hace descender sobre la tierra ninguna enfermedad sin que venga acompañada de su remedio.

Vamos a ocuparnos de algunas de las enfermedades de que se habla en el Haditz y de los medios de curarlas.

Para curar toda clase de enfermedades, empezó Mahoma por prescribir uno de estos tres remedios: Una bebida compuesta de miel, el cuchillo para abrir y las ventosas de fuego. Después aumentó el número de remedios, como veremos más adelante y suprimió el de las ventosas de fuego, declarándose el Profeta partidario decidido de la miel y de las confituras. Tanto es así, que en una ocasión se le presentó un árabe y le dijo: «Tengo un hermano que se muere, pues padece de cólicos que nada le curan», y le contestó el Profeta: «Hazle que beba miel»; volvió por segunda vez el árabe y obtuvo la misma contestación; volvió por tercera vez y dijo a Mahoma: «He hecho lo que me has mandado y mi hermano no se cura». «Sin embargo, le gritó el Profeta, Alah dice la verdad, el vientre de tu hermano es el equivocado, hazle que beba miel». El árabe cumplió de nuevo la orden de Mahoma y su hermano sanó.

Otro de los remedios que fueron admitidos más tarde en el Haditz, es la leche de camellas. En efecto, una vez encontrándose el Profeta en Medina se le presentó un grupo numeroso de enfermos y hambrientos y le dijeron: «Esta ciudad de Medina es mal sana, danos un asilo y de comer a fin de que podamos reponer nuestras fuerzas». El Profeta les dijo: «Id y acampar en Harra donde tengo un rebaño de camellas, bebed de su leche, y, aquellos de vosotros que se encuentren más graves que mezclen la leche con orines de camellas». Así lo hicieron y todos curaron; más apenas se encon-

traron restablecidos abandonaron el campamento llevándose el rebaño de camellas. Tan pronto se enteró Mahoma, ordenó que los persiguieran y una vez que fueron alcanzados, les mandó comparecer ante su presencia y les hizo cortar las manos y los pies y que les sacasen los ojos.

La calentura, dice el Haditz, que proviene del fuego del Infierno, y, por tanto, solamente el agua es la medicina que puede curarla.

También se emplea como remedio curativo el exorcismo, el cual practicó el Profeta durante su última enfermedad; así nos lo cuenta Aischa, su mujer predilecta y en cuya casa murió Mahoma. Este practicaba con su cuerpo las formas del exorcismo con la ayuda de los Suras o capítulos del Corán que tienen esa virtud. Cuando la enfermedad le abatió por completo, Aischa se encargó de este cometido y lo practicaba, cogiéndole las dos manos y haciéndolas pasar por todo su cuerpo y enseñada sobre la cara para que le hiciese los efectos benéficos de su propia bendición.

En este caso el exorcismo no dió el resultado apetecido, no por falta de virtud curativa, sino porque Alah había dado por terminada la misión profética de Mahoma.

En cambio, en el siguiente caso se obtuvo el resultado que era de esperar de semejante medicina.

El hecho fué el siguiente: Unos compañeros del Profeta llegaron a una tribu y como fuesen muy cansados, pidieron asilo y de beber, pero los habitantes se negaron a ello; más uno de los beduinos al enterarse de quienes eran, les dijo: «Puesto que tenéis tanto poder ¿por qué no curáis a nuestro Jefe que ha sido picado por un escorpión?». Entonces uno de los compañeros de Mahoma le contestó: «Así lo haremos, pero antes es preciso que nos déis hospitalidad y además aquel rebaño de corderos como retribución». Aceptadas las condiciones, uno de los compañeros del Profeta recitó el primer Surrat del Corán y escupió en la boca al Jefe enfermo que curó instantáneamente.

El mal de ojo se considera en el Haditz como una realidad y se cura por un procedimiento bien sencillo por medio del tatuaje.

El Profeta, para los casos graves, empleó una fórmula mágica que consiste en decir lo que sigue: «¡Oh, Dios mío! Señor de los hombres, caza el mal y cúralo, pues tú eres el que cura, no existe más cura que la tuya y es una cura que no deja la menor enfermedad».

Por último, diremos, que las enfermedades tienen para los mahometanos una compensación de la cual carecemos los demás mortales; por esto dice el Haditz: «El enfermo es un elegido por Alah, pero como aquel no se encuentre limpio de pecados, le manda una enfermedad para que padezca y este sufrimiento le purifica de toda mancha y al morir, si no ha incurrido en nuevos pecados, entra en el Paraíso».

Esta ignorancia, errores y supersticiones, siguen imperando en Marruecos y siendo nuestra misión llevar el bienestar a los habitantes de nuestra Zona, todo cuanto se relacione con la salud espiritual y material, pública y privada ha de constituir un elemento precioso para la pacificación; de aquí, lo importante del servicio que prestan a España los diversos dispensarios establecidos en nuestro territorio y regentados por la competente y entusiasta oficialidad del Cuerpo de Sanidad Militar.

La acción benéfica del médico es de una trascendencia enorme y la prueba es el número de indígenas que diariamente acuden a esos Dispensarios con sus mujeres y sus hijos en busca de remedio para sus enfermedades y de calmantes para sus dolores.

Pero no son únicamente los dolores del cuerpo los que nosotros debemos calmar, sino los del alma producidos por injusticias, depreciaciones y persecuciones que impiden la vida pacífica de los indígenas. Por eso al lado del Médico debe estar el Interventor competente y estudioso, lleno de prestigio personal por su conocimiento del problema y de fé en la labor de España, re-

organizando la administración de las kabilas, velando por la justicia; cuidando de la higiene pública en los poblados; desarrollando la instrucción; fomentando las obras públicas, la agricultura y la ganadería; es decir, la riqueza intelectual y material de nuestra Zona; procurando con una política hábil, atraer a los rebeldes que habitan más allá de las líneas avanzadas; que la misión del médico y del interventor es la verdadera mancha de aceite, la verdadera penetración pacífica; la verdadera compenetración, la verdadera convivencia, el verdadero protectorado civil y, sobre todo, el verdadero y legítimo protectorado amparado y robustecido con la acción de nuestro heroico y sufrido Ejército, pues debe tenerse en cuenta que los marroquíes padecen una enfermedad crónica que cuando se agudiza, su adecuado tratamiento es el empleo de la fuerza sin contemplaciones de ningún género; ahora bien; como esta medicina es venenosa y produce una erupción de odios y rencores inextinguibles, antes de que se presente esa erupción, y sin solución de continuidad, con el anterior tratamiento, se debe acudir al bálsamo infalible de la justicia, proporcionándoles además cuantos medios estén a nuestro alcance para que disfruten de los beneficios de la paz.

A pesar de proceder así con los indígenas marroquíes, si queremos evitarnos sorpresas muy desagradables, no olvidemos lo ocurrido al Profeta con su rebaño de camellas, pues como se dice en el Corán: En todo existen enseñanzas para los hombres inteligentes.

Manuel del NIDO.

Tetuán, Agosto de 1924.



LAS TENDENCIAS NUEVAS

Por Fermín GALAN

Se nos presenta como verdadero deseo del país el acabar con el problema de Marruecos que solo cuesta sacrificios en vidas y hacienda. Todos estamos conformes en la necesidad de terminar de una vez con esta preocupación nacional. Marruecos desangra las arcas del Tesoro y siega muchas vidas jóvenes. Todos los españoles estamos conformes con esta realidad, el Ejército, la Marina y el Pueblo piensan lo mismo.

Ahora bien, en todas las empresas coloniales la historia refleja la desilusión de los pueblos conquistadores o colonizadores, ante los gastos extraordinarios que han tenido que hacer y el consumo de vidas en aras de una colonización no sentida por todos.

Ocurre ahora en España lo mismo que ocurrió en 1840 a Francia con la conquista de Argelia. El General Yusuf atacó fuertemente a los que aconsejaban dejar el país argelino a sus propios medios. Era preciso conservar Argelia por varias razones, la primera por la posesión de la costa para Francia, la segunda por la explotación de su suelo rico y finalmente por la necesidad imperiosa de no aparecer ante el mundo como débiles en una conquista que bien organizada, solo beneficios traería para la nación.

Se estudiaron detenidamente las defensas que se hicieron contra casi todo el país que vivamente deseaba el abandono de Argelia.

Se unieron varios prestigios civiles y militares y después de largas y activas conferencias que tendían a compaginar las dos tendencias, se decidió no abandonar Argelia.

¿Qué era lo que Francia deseaba? Al igual que ahora España no quería hacer tantos gastos, ni gastar tanta vida inútilmente. ¿Era problema de guerra la penetración en el país incivilizado? No. Era más político que guerrero y sobre todo de organización.

La organización es la base donde se sustenta un problema que necesita años para resolverse. Hay que montar los carriles por donde ha de rodar durante muchos años el engranaje de la colonización.

Para colonizar es preciso primero dominar— así lo dice la Historia—y después de desarmadas las tribus guerreras, encauzar protectores y protegidos sobre una misma orientación, sobre un mismo sistema de penetración que ha de traer como final la colonización del país al cabo de los años.

Por consiguiente, si España ha de triunfar en su empresa necesita primero dominar el país; todos los españoles desean vivamente que nuestro pabellón salga airoso de África; lo quieren todos, pero ninguno quiere «bajas inútiles». Conformes.

Repetimos que es problema de organización. El país estaría lleno de alegría si en África no hubiesen más tropas que las voluntarias; de este modo no sufriría tanto la opinión nacional. ¿Y es posible darle esta satisfacción? Desde luego es perfectamente posible.

Organícense muchos tabores de Regulares y algunas Banderas más del Tercio como tropas de combate organizadas. Sustituir rápidamente a las tropas de la metrópolis, no dejando en terrenos de África más que las guarniciones antiguas de las plazas fuertes. Para organizar los tabores a que antes aludimos, tráigase recluta de Cabo Juby y de nuestras posesiones del África occidental. Crear grandes harkas auxiliares y he ahí un ejército colonial cuya organización poco a poco puede irse perfeccionando.

La empresa no decae; sigue su curso, el curso necesario, el que por todas las colonias pasaron.

La cuestión delicada de las bajas está resuelta para la opinión. ¿Cuesta mucho dinero este ejército colonial? Pues bien; a medida que se va dominando y desarmando a las kabilas, poner los impuestos que todos los países establecen, pues las zonas ocupadas que van quedando a retaguardia y que obtienen grandes beneficios de las tropas debido al contacto de ellas que trae consigo el aumento del comercio, deben pagar las contribuciones que se les asignen y de este modo sería la contribución un ingreso de millones que ayudaría a sostener en parte al ejército voluntario.

Indudablemente, el esfuerzo de la metrópolis, irá disminuyendo hasta que llegase un día, cuando el país estuviese dominado que sería con creces recompensado. Este proceso fué el que se desarrolló en Francia con relación a Argelia y hoy día esta colonia es una de las fuentes más ricas de donde se nutre la Hacienda de la República vecina y prueba evidente de ello es la labor del partido colonista que tiene cada día más locas ambiciones de expansión.

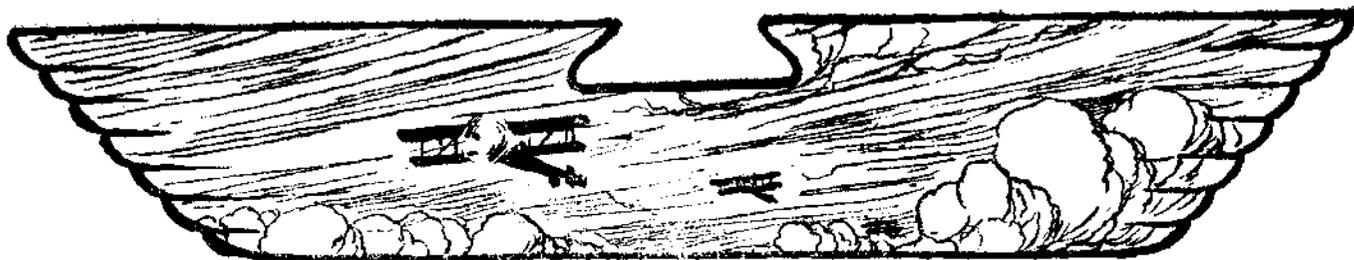
Igualmente organizado nuestro Marruecos desaparecería la preocupación para España y se iría desarrollando sin que el país se diera cuenta porque no habría bajas europeas y el dinero a gastar sería cada vez menos, cada año infinitamente menos.

De este modo todos los españoles cobrarían su serenidad y no sería Marruecos una preocupación nacional. Habríamos dado cima a nuestro principal problema que quedaría desligado de los de orden interior de España, porque se desenvolvería sobre una misma orientación y no estaría sujeto a los cambios políticos.

Podríamos entonces aplicarnos la defensa del general Yusuf porque al igual que en Francia, en Argelia los españoles en Marruecos seríamos dueños de la costa, explotáramos el suelo y finalmente nuestro pabellón al agitarse al viento se mostraría orgulloso ante los de las demás potencias.

Fermín GALAN

Julio de 1924.



Unos días en el Aerodromo de Tetuán

Por Eduardo BENZO Y CANO

En el plan de prácticas de la Escuela Superior de Guerra, figura un mes en el servicio de Aviación. Se incluyeron estas prácticas hace ya unos años, cuando se iniciaba en nuestro país la preponderancia de la llamada «quinta Arma», y hoy, cuando ya es un hecho esta preponderancia se ha ampliado aquel plazo de un mes hasta cuatro. Acertada medida que dará al Estado Mayor una más exacta idea de lo que a Aviación puede pedirse y un más profundo conocimiento de lo que esta Arma es. Porque es indudable que existe un lamentable desconocimiento de cómo trabajan nuestros intrépidos aviadores, de los que solo comentamos sus hazañas guerreras, su valor constantemente puesto a prueba y ese desprecio de la vida de que a diario hacen gala, aún cuando a ello no le concedan la menor importancia; y conste que al hablar así lo hago porque yo era uno de los más engañados; porque yo he incurrido en la vulgaridad de admirar a los conquistadores del aire casi exclusivamente por su arrojo y serenidad, que más de una vez en una de estas posiciones africanas en que el fuego enemigo nos molestaba persistente y desconcertante, apercibimos con alegría destacarse en el magnífico azul de este cielo, la silueta de un avión que no tardaba apenas unos minutos en dejar caer sus bombas y hacer sentir al enemigo el tableteo de sus ametralladoras...

Y no es que yo trate de empañar ni siquiera ligeramente el prestigio tan caramamente adquirido por estos simpáticos oficiales. Al contrario, he de proclamar una y cien veces que aquella admiración que por ellos sentía antes de conocer íntimamente su psicología, ha crecido aún más hoy; pero con ser tan grande, queda empuñada por otro sentimiento, también de admiración, ante la labor que desarrollan en tierra, no por más oscura menos digna de encomio que la que desarrollan en el aire, aunque una y otra casi por completo permanecen en el incógnito, por lo que yo quiero o pretendo, mejor dicho difundir con estas mal pergeñadas líneas.

* * *

A unos ocho o nueve kilómetros de Tetuan, muy

inmediato a la ya desmantelada posición de Sania Ramel, se ha emplazado el Aerodromo del Primer Grupo de Escuadrillas de Marruecos. Es su Jefe actualmente un capitán, joven por la edad, viejo en los servicios de Aviación, en los que entró hace más de diez años, en los comienzos de su carrera militar, cuando aún la Aviación era algo incógnito, y uno de los pocos que desde aquella época han permanecido constantemente dedicados por completo a un servicio en el que se gastan tantas energías físicas y morales. Felipe Diaz Sandino tiene entre los aviadores un tan sólido prestigio que es inútil hacerlo resaltar; con gran entereza de carácter que hace compatible con su exagerada afabilidad, desempeña un mando que sería difícil por tratarse de oficiales del mismo empleo, si no fuese porque los capitanes Iglesias, Warleta y Martínez Esteve que mandan las 3 escuadrillas del Grupo, son brillantísimos oficiales que no vacilan en poner a contribución toda su voluntad, que es mucha, para que el mando sea fácil. Y en esta obra colaboran con entusiasmo los demás oficiales del Grupo: capitanes Ruiz de Alda, Aguirre, Meléndez, Grande, La Roquette y Rubio; los tenientes Masjuán, Quintana, Sediles, García López, Alhambra, Florencio, Azpeitia, Conejo, Galán, Yáñez, Semprun y Navarro.

El Aerodromo no está aún terminado: las obras han estado paralizadas durante más de tres meses por los temporales de aguas. Se están construyendo un pabellón para dormitorio de tropa, otro para la estación-radio, y dos hangares desmontables. Con estas construcciones quedarán completas las edificaciones del Aerodromo que ya hoy cuenta con un bello pabellón de estilo árabe, en el que están los cuartos de oficiales; otro en que se han instalado las oficinas del mando, fotografía y botiquín; a más existen pabellones para el grupo eléctrico, la armería, el almacén, depósito de gasolina, polvorín, cocinas, cocheras y dormitorios provisionales para la tropa en que se instalarán una vez terminados los que se construyen *ad hoc*, el comedor y la cantina, con honores ésta de casino, en que la tropa encuentre honesto y solaz esparcimiento en sus escasas horas de descanso.

Existen dos amplios hangares que nuestra penuria hace sean de diversos tipos, lejos de toda belleza armónica en el conjunto que, si existe, es debido más que a abundancia de medios, al esfuerzo personal de todos éstos muchachos que por lo mismo que miran con desprecio a la muerte, que cada momento les acecha, gustan del regalo de un poco, muy poco, «por que no puede ser más» de comodidad.

En la explanada central se levanta un amplio barracón, que ostenta en negros caracteres este rótulo: TALLERES. Para mí, confieso fué una verdadera sorpresa entrar en esta dependencia. Ruiz de Alda, con un «mono» cuyo color terroso no basta a ocultar las huellas que la grasa dejó en un constante trabajo, me acompañó en esta visita, y con palabras que envolvía en una poco común modestia me hizo saber como trabajaban allí más de cien obreros de todas procedencias y nacionalidades, cuya labor no se limita solo a la reparación de averías, sino a la construcción de aviones y automóviles, de los que reciben los motores y aquellas piezas para la construcción de las cuales no hay elementos. Me doy cuenta perfectamente de la inteligencia del que dirige y del esfuerzo que representa esta labor.

En mi deseo de amenizar estas líneas acudí al gabinete de fotografía para que me facilitasen algunas de las fotos obtenidas por nuestros aviadores, y a haber escogido todas las que me gustaban hubiese necesitado, no ya todo un número del periódico, sino una obra completa; hay entre ellas verdaderas obras de arte, asuntos interesantísimos, en que el interés del objetivo se ha armonizado con el espíritu del artista.

No es necesario insistir sobre la enorme importancia militar que ha alcanzado la aerofotografía, gracias a la que se han obtenido datos y croquis en terrenos a los que no han llegado nuestras tropas o en los que las Comisiones geográficas de Estado Mayor no pueden bajar.

Ved el plano fotográfico de la región de M'Ter, la posición que en el corazón de Gomara resiste con heroico estoicismo el asedio enemigo, desde hace más de tres meses.

—Nosotros, me dice Warleta, un «as» de los observadores, vamos a M'Ter casi a diario y este plano es el que nos sirve para nuestros bombardeos y para establecer el enlace con la artillería y corregir su tiro.

Y contestando a mis preguntas, que no me canso de hacer, me explica como se llevan a cabo estos trabajos.

—Como en el Archivo del Aerodromo existían— me dice— gran número de verticales de los alrededores de M'Ter, que se hicieron cuando los trabajos de Aviación para el plano de Gomara, solo hizo falta combinar las fotografías de tres itinerarios, reduciendo a la escala de uno las fotos de los otros dos, y empalmar, prescindiendo de los errores de altitud, las placas que contenían el terreno ocupado por obras del enemigo, y en general una zona que circundara a la Posición hasta la probable colocación de las obras enemigas. Este plano fotográfico, sujeto a errores de encaje por lo accidentado del terreno, nos parece, sin embargo, adecuado como ninguno a la rápida designación de objetivos, dada su enorme cantidad de detalles.

Para evitar toda dificultad en el enlace,—continúa mi interlocutor,—se cuadrículó y numeraron filas cuadrículas con letras y números, para evitar confusión o tener que fijarse en el orden de enumeración de fila y columna. Además, se marcaron los objetivos vistos hasta la fecha por nuestros aviones.

Este plano fotográfico se produjo en número suficiente para que los tuviesen los jefes de las diversas posiciones de M'Ter, los comandantes de los barcos de

guerra y los capitanes de la baterías de aquella posición que tuvieran que batir o designar objetivos por ellos vistos. Al mismo tiempo puede servir con bastante aproximación como plano artillero, siempre que ayude la observación aérea o naval al tratar de batir blancos ocultos a las baterías.

Las fotografías obtenidas los primeros días sirvieron para descubrir, estudiándolas cuidadosamente, las obras enemigas, comprobándose por comparación con otras antiguas la apertura de nuevos caminos y nuevos atrincheramientos enemigos. Para ésto, continúa Warleta que no se cansa de satisfacer mis preguntas que se amontonan en ansia de sana curiosidad, se emplearon oblicuas sobre todo, pero también verticales, que no consiguieron coger a las piezas moras fuera de sus escondites, aunque se vé perfectamente el lugar de los emplazamientos preparados y el camino de tránsito reciente hasta final.

Y en resumen, teniendo tiempo con sol y sin nubes, se puede asegurar que en cuanto se descubre un objetivo nuevo puede situarse por una fotografía y pasarlo en seguida exactamente al plano por sus coordenadas dentro de cada cuadrícula; y cuando no puede obtenerse la fotografía por el mal estado del tiempo, todavía puede fijarse el nuevo objetivo en el plano, directamente por el observador, aún cuando como es natural el error será mayor.

Si todo esto no se hace con constancia—concluye el capitán Warleta poniendo de relieve todo el cariño que siente por la Aviación,—es que el enlace por el que hace tanto tiempo se lucha en el Ejército, es imperfecto, con gran perjuicio del rendimiento del conjunto y de la confianza mútua de los elementos cuya labor debe ser, y es, conducente a un mismo y único fin...

* * *

Diariamente, a las nueve de la mañana, acudía yó al campo de aterrizaje y presenciaba la salida de la escuadrilla de servicio, que llevaba como objetivo el bombardeo de los poblados o de las concentraciones enemigas, previamente señalados por el Estado Mayor.

Y aunque ya había yo efectuado algunos vuelos, gracias a la amabilidad del teniente Masjuan, cuya labor—como la de la mayoría de nuestros aviadores—no ha sido aún recompensada, deseaba asistir a un bombardeo y sentir las emociones intensas de un vuelo de guerra. La cosa no era fácil por muchas razones que no son del caso; pero la condescendencia del jefe del Aerodromo, y las facilidades que me dió Martínez Esteve, jefe de la escuadrilla, aquel día de servicio, a la que se designaba familiarmente con el sobrenombre de *la fiera*, hicieron factibles mis anhelos.

Antes de las nueve de la mañana ya estaban alineados en el campo los 7 magníficos «Breguet» de la escuadrilla: los observadores rodeaban al jefe de ésta para recibir la orden del bombardeo, consultando los croquis, y enterados del objetivo y misión a cumplir se ponen en marcha los motores, se prueban los lanzabombas, las ametralladoras, se revisan los aviones y se aquilatan, en fin, todos los detalles. En los rostros se exterioriza ya el deseo de partir: todo está presto, y en vista de ello me acomodo en mi reducido alojamiento, en compañía del sargento Romero que, amable y sonriente, me vá explicando cuanto va sucediendo. Nuestro avión abandona suavemente el suelo y a continuación sale la escuadrilla formando *cuña*: el espectáculo es soberbio; el avión del jefe de la escuadrilla avanza rápido seguido a pocos metros y algo más altos por otros dos, a los que siguen en igual forma otras dos parejas. Dejamos atrás el Aero-

drómo, pasamos por encima de Río Martín y ya en el mar, nuestro aparato vira y pone proa al objetivo, siempre seguido en correcta formación por los demás de la escuadrilla. Leo en el altímetro que vamos a 600 metros: como una cinta cinematográfica pasa el terreno a nuestros pies: tras Río Martín, el Halilla y el Emsá con su pequeño valle en los que distingo los puestos de la Mehalla; cruzamos Beni Madan y pasamos a Beni Said, donde admiramos un crecido número de aduares y grandes porciones de terreno cultivado. A los doce minutos de vuelo alcanzamos el valle del Lau, en la desembocadura del que se ha emplazado el campamento; un poco más allá la casa del antiguo Kaid de Beni Said, el Bakali, —hoy en desgracia,— y al fondo recorta en el cielo azul sus picos nevados Yebel Queltzi, el Magi-el-Kalá y el Tisuja, todos ellos de más de dos mil metros de altura.

Arrullados por el bronco ronquido del motor avanzamos siguiendo la costa; el río Ajerux y las posiciones de Magan y Targa son rápidamente dejadas atrás. No hace más que 24 minutos que abandonamos el Aerodromo y volamos sobre el magnífico valle de Tiguisatz, en el que contemplo la posición de éste nombre y los Gueldet. Yo, que no pierdo de vista al piloto y al observador, noto en éste momento que avizoran el frente tratando de descubrir algo: me advierten que nos aproximamos al sitio del bombardeo. Nueve minutos después volamos sobre M' Ter a mil cien metros de altura: momentos después, y en el pequeño valle de Tagesá descubro un magnífico aduar: hé aquí el objetivo. En este momento piloto y observador se miran y se hacen señas solo para ellos comprensibles; toda su atención y energía se concentra en sus maniobras: el motor disminuye para iniciar un descenso en amplia espiral, que a mí se me figura demasiado rápido. Pronto nos colocamos a 400 metros sobre el terreno: piloto y observador se compenetrán rápidos: el avión se dirige a pasar por la vertical del aduar. El sargento Romero de pié, sereno, sin impacencias, espera el momento oportuno con los lanzabombas dispuestos. Unos segundos, y rasga el aire la primera bomba: la veo salir de debajo de nuestras alas, hacer unas contorsiones en el vacío y luego una columna de polvo, cuya altura no puedo apreciar, y en seguida un estampido formidable.

—¡Cortol—exclama el observador; y a una señal de su mano izquierda el avión vira ampliamente a la izquierda. La bomba ha caído unos 50 metros antes del aduar.

Nuevamente avanzamos sobre Tagesá y tres bombas caen con intervalos de un segundo. Una densa nube de polvo invade el aduar por completo; nuevo viraje, al salir del cual observo con emoción los efectos del tiro, de una precisión asombrosa. Las tres bombas han caído dentro del aduar y algunas casas arden... El sargento Romero contempla satisfecho los resultados de su obra. Cref que el asunto había terminado, pero de pronto el observador exclama:—¡Pase otra vez!

Es que ha descubierto que los moros acudian a so-

focar el incendio, y deja caer otras tres bombas de trilita.

Me advierten que la segunda fase del bombardeo va a empezar. En efecto, la artillería de M' Ter señala con sus disparos el emplazamiento de los cañones enemigos: piloto y observador ponen todo su empeño en éste bombardeo: el primero se esfuerza por pasar por la vertical de una pequeña nubecilla de humo, efecto de un disparo de nuestra artillería, que matemáticamente señala la situación de una pieza enemiga; el segundo, estudia en los círculos que lleva en la cabina la velocidad del avión, la del viento, la altura a que volamos; gradúa su aparato de puntería y con una paciencia de benedictino arroja bombas, corrigiendo el tiro cada vez y observando lleno de ansiedad el efecto que producen. Aquel maldito cañón parece una sombra, una quimera; cuantas bombas cayeron, cubrieron su emplazamiento con el polvo delatando lo exacto de la puntería, mas al disiparse aparece de nuevo, como un fantasma indestructible. Veinte minutos empleamos en arrojar las once bombas que nos quedaban.

Nos alejamos para dejar paso a los otros aparatos de nuestra escuadrilla. Los estampidos de sus bombas son más fuertes que el ronquido del motor. Cruzamos rápidos por Beni Búsera y pronto llegamos a Tiguisatz. El avión describe un amplio círculo e inmediatamente la artillería de Gueldet nos sitúa el enemigo en igual forma que lo hizo la de M' Ter. Distinguimos perfectamente las trincheras enemigas en la orilla derecha del Tiguisatz, y en Cudia Achaix una explanada propia para un cañón; casi sin motor descendemos de un modo que confieso llega a alarmarme; oigo con claridad los disparos enemigos, y... seguimos descendiendo en busca del peligro; creo que vamos a tomar tierra; pero no, el motor ruge otra vez con gran intensidad y volvemos a ganar altura. El observador no ha perdido el tiempo: ha sacado fotografías y ha preparado las ametralladoras.

Rápidamente volvemos a pasar sobre las trincheras: el sargento Romero de pié empuña las Darne y pronto el tableteo de las ametralladoras apagan el fuego que el enemigo no había dejado de hacernos. Esta operación se repite varias veces hasta que agotadas las municiones, el avión se eleva majestuosamente, no sin antes saludar a las guarniciones de los Gueldet.

La «guerra» ha terminado por hoy. Ponemos rumbo a Tetuán y sobre Río Martín esperamos a los demás aparatos de la escuadrilla, que por las incidencias del combate se han disgregado un poco y casi en fila aterrizamos en el Aerodromo, cerca de tres horas después de nuestra salida.

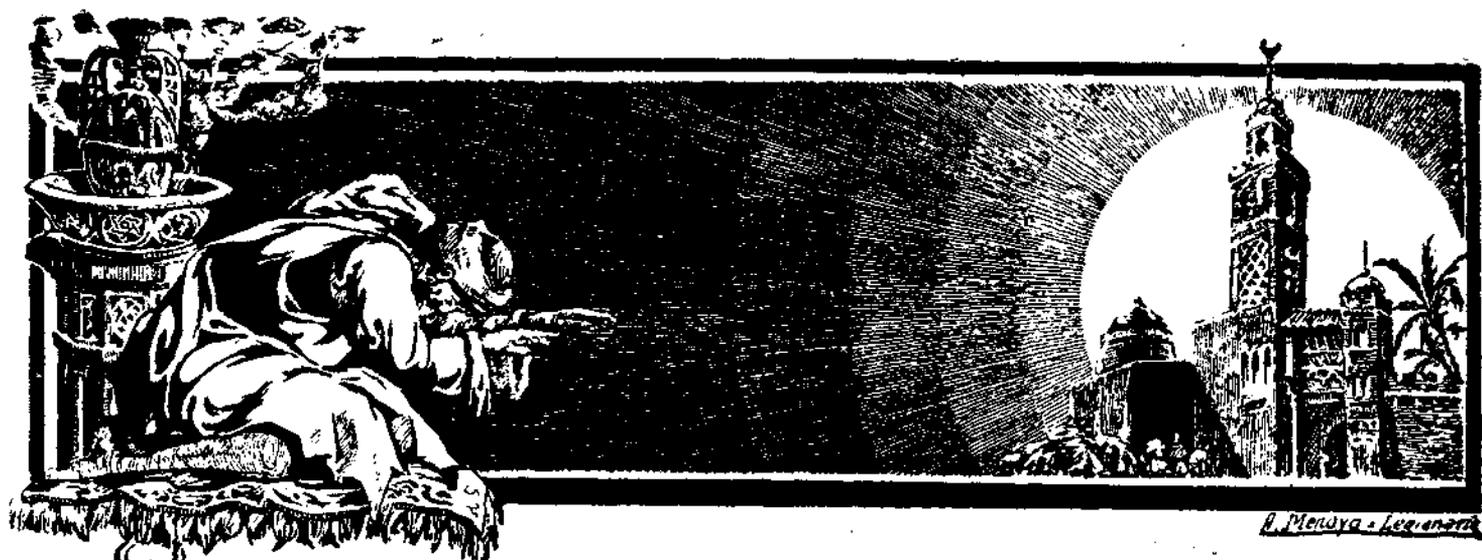
* * *

España: Eres grande porque tus hijos no vacilan en hacerte el generoso sacrificio de sus vidas, pletóricas de amables ilusiones.

Eduardo BENZO Y CANO

Tetuán, abril 1923





LA VIDA RELIGIOSA

Tetuán y sus Mezquitas

Por Fermín de VILLALTA

IV

(Continuación)

Yama-a-el-ayun.—La más grande después de «Yama-a-el-Quivir», está situada en el barrio del mismo nombre, o sea en el de las fuentes. (1)

Su minarete de ladrillos blanqueados, coronado de merlones, es cuadrado con azulejos de diferentes colores en los entrepaños. Una cupulita, de forma, también cuadrada que termina toda la obra, lleva adosada el asta para izar una bandera blanca, excepto los viernes, que es de color azul, y la cual sirve para indicar a los creyentes que es llegada la hora de los rezos y plegarias.

La puerta principal de entrada, de madera pintada de color azul, de construcción muy antigua no ofrece detalle alguno digno de mención. En cuanto a la parte interior—me refieren algu-

nos indígenas—tampoco encierra ningún detalle interesante. Existen aún en las paredes algunas inscripciones, que por el mal estado en que se conservan, no les ha sido posible descifrar. En el amplio patio llamado «*es-sahn*», existe una gran fuente de mármol con surtidor y abundante agua corriente destinada a las frecuentes abluciones de los musulmanes. El «*mimbar*» o púlpito como casi la generalidad, es de madera grabada con dibujos hechos con líneas horizontales entrecruzadas, formando raras combinaciones, cuyo estilo es conocido entre los indígenas con el nombre de «*etes-tír*». (2)

Débase la construcción de esta Mezquita al virtuoso y santo varón, el Cheij (3) Sidi Ali Ben Mesoud el Yoaidi, cuya tumba—admirable y notabilísimo trabajo de madera tellada y combinada con preciosos arabescos y primorosos adornos—está colocada entre los grandes arcos que cubren la calle a unos cuantos metros de distancia de la puerta principal de la Mezquita y muy cerca de la Zauia o Santuario dedicado a Sidi Ali Ben Mesoud, cuya puerta, toda ella cubierta de azulejos

multicolores y mosaicos diminutos no deja de llamar nuestra atención. El architrabe de que tratamos, lleva también una inscripción árabe, pero se conserva en tan mal estado que nos ha sido de todo punto imposible descifrarla. Las jambas sobre las que descansa el arco de la puerta están adornadas con pequeños mosaicos de distintos colores formando una sencilla y graciosa combinación. Las hojas de las puertas están pintadas de color verde, y grabadas con dibujos hechos con líneas horizontales entrelazadas, formando diversas combinaciones cuyo significado—que sin duda debe tenerlo—hemos tratado de averiguar en más de una ocasión pero siempre con el resultado negativo. El arco de esta puerta lleva además un adorno de modelados verdes entrelargos, formando medio marco rectangular; en ambos extremos hay una loseta cuadrada formada de pequeños mosaicos.

Al contemplar recientemente esta obra de arte musulmán, de hace más de tres siglos, que ya, con sus escasos recursos, ha restaurado en una ocasión el Nader (administrador) de esta Zauia, Sidi Mohamed el Yoaidi descendiente del Santo, no hemos podido menos de pensar que la Junta de Monumentos artísticos, realizaría una buena obra contribuyendo a la restauración y conservación de esta obra de arte, como tenemos entendido ha hecho ya en más de una ocasión con otros varios monumentos, pues con ello, no solo daríamos una prueba más de nuestra tolerancia como protectores, sino también del respeto que nos inspira la religión y creencias de nuestros protegidos.

Hablando de la construcción de esta Mezquita, refiere Esquirech autor de una Historia inédita de Tetuán, que el Cheij Sidi Yusef el Fasi, había ordenado a sus «*fokara*» (4) adeptos de Tetuán edificaran una Zauia para ellos; que estando ya levantados los cimientos de la obra presentóse cierto día Sidi Ali el Yoaidi a quien le preguntaron los cofrades de Sidi Susef el Fasi:

—Quién es tu Jefe?

—Y el vuestro quién es? interrogó a su vez el Yoaidi.

—Nosotros somos —le replicaron— discípulos de Sidi Yusuf el Fasi.

—También soy yo Yufi—insistió el Yoaidi—, y ahora que ya sabéis quien soy, sabed también que deseo que este edificio sea destinado para Mezquita de «Jotba». (5)

—Nuestro Cheij—le manifestaron—nos ha ordenado que edifiquemos solo una Zauia y si como dices, eres de los nuestros, debes prestar acatamiento a las órdenes emanadas de nuestro Maestro.

Sidi Ali, disgustado al verse contrariado por aquellos sectarios, contestóles:

—Yo no pertenezco a la cofradía de Sidi Yusef el Fasi sino a la de Sidi Yusef el Tilidi. (6)

Cuando Sidi Yusef el Fasi se enteró de lo sucedido a sus discípulos con el Yoaidi, escribióles ordenándoles que lo dejaran construir la Mezquita y que cuando estuviese a punto de terminarla, él mismo enviaría de regalo los techos y las puertas. Que se alejaran de su compañía, rehuyeran su trato frecuente y construyeran otra Zauia.

Los discípulos, obedientes acataron las órdenes del Cheij y desde aquel día se apartaron de la compañía de Sidi Ali el Yoaidi y un poco más arriba de la Mezquita, frente a la antigua fuente grande del barrio construyeron otra Zauia, conocida en nuestros días, por Zauia-el-Fa-si-in.

Cumpliendo lo ofrecido, Sidi Yusef el Fasi, envió al Yoaidi los techos y las puertas para la Mezquita de las cuales—dice el historiador—aún se conserva una; la puerta grande que da acceso al camino principal que conduce al cementerio antiguo y a Bab-el Nuader. No hemos podido comprobar, si la puerta que hoy día existe, muy antigua por cierto, es la misma que regalara el Fasi al Yoaidi.

Sidi Ali Ben Mesoud el Yoaidi—prosigue nuestro historiador—empezó la construcción de la Mezquita el año 1.011 de la Hegira (1602 de J. C.) y la terminó el 1.030 (el 1621 de J. C.) invirtiéndose, por lo tanto en su construcción unos diecinueve años. Dos más tarde, el 1033 de la Hegira (1623 de J. C.) murió el santo Sidi Ali Ben Mesoud, a la avanzada edad de ciento veinte años. Fué enterrado en el lugar que ya hemos descrito, siendo su Santuario muy venerado por los indígenas que le atribuyen muchos y prodigiosos milagros. (7)

Es esta Mezquita del «ayun» una de las que más bienes habus posee y más importantes. Están agregados a los de la Mezquita Grande cuya administración está a cargo de Sid Mohammed Ben Merzók, distinguido indígena, perteneciente a familia de Chorfas. Administrador «nader» nombrado hace muchos años por el Majzen. Con cargo a estos fondos se atienden a los gastos de luz, esterado, reparaciones, almuedano etc. Sostiene además un «jatib» y un «imam» cuyos cargos desempeña a un mismo tiempo el Hach Alal Az-zimán, hijo de un prestigioso y respetado Kadi de grata memoria entre los tetuanís. También tiene esta Mezquita diez «hazaba» cuya misión ya nos es conocida. (8) Un «mudarrres» o profesor, el Cherif Muley Es-Sadek Er Raisuni, recientemente nombrado Ministro de Hacienda del Majzen Jalifiano, de cuya personalidad ya hemos tratado (9) explica igualmente un curso de «fikh» (Derecho) a unos veinte «tolba» (estudiantes).

Por su parte e independientemente de cuanto acabamos de exponer, el descendiente y administrador del venerado Santo Sidi Ali el Yoaidi, recibe casi a diario indiscutibles pruebas de sus manifiestas «barakas» en las limosnas «futuhát» que los creyentes generosamente depositan en el cepillo del Cheij el Yoaidi, ya en especie

o en metálico con ocasión del más fútil motivo y más insignificante suceso agradable o desagradable, propicio o adverso de la vida.

Fermin VILLALTA.

Intérprete de J.^a

(Continuará).

Tetuán y Agosto 1924.

(1) Ayun-pl-de A-ain—Fuente, manantial.

(2) s. del verbo árabe «Sat-tara» que significa trazar líneas, rayas, etc.

(3) Cheij -pl-Chiuj o Achiáj—Empleado en sentido genérico significa viejo, anciano, venerable, etc. En el sentido místico significa «Maestro», «Jefe», «Doctor», «Director espiritual» etc. El Cheij—dicen Deppont y Coppolani en su obra «Les Confreries religieuses musulmanes»—es el Director espiritual y temporal de una orden o cofradía; es el hombre que todo lo puede y todo lo sabe a quien Dios en su suprema misericordia le ha concedido a la par que sus favores una partícula de su gracia, de su poder «baraka» y le ha convertido en su intermediario obligado cerca de los demás mortales. Es el hombre que tiene un conocimiento perfecto de la Ley divina «ech-charia»; que ha llegado al grado de perfección en el arte de conocer las enfermedades y los males de todas clases que afligen a los humanos, así como los remedios propios para guiarles por el sendero recto de Dios. Es el personaje magnánimo, austero, severo y rígido que sintetiza todas las virtudes, todas las ciencias y tiene el don de hacer milagros; en una palabra, es el verdadero continuador de la tradición que tantísimos hombres ilustres han hecho célebre por su piedad y sabiduría. El Cheij no reconoce más poder, superior al suyo, que el de Dios Único y su Enviado o Profeta; no se inspira en otros pensamientos más que en aquellos que le sugiere directamente el Todopoderoso o bien su iniciador cuyas gracias, dones y pensamientos Dios infunde en su alma. En el sentido estrictamente místico de la palabra, esta es la única forma en que los creyentes, adeptos, sectarios, cofrades o servidores conciben al Cheij de la orden o cofradía que está colocada bajo su patronato.

Esta creencia puede ser inspirada por una fé ciega, pero nosotros y creo sinceramente que incluso muchos musulmanes están convencidos de que los Chiuj, aun mismo en el orden religioso de que tratamos, están muy lejos de lo que en realidad deberían ser. Pero no es aquí la ocasión de hacer un estudio analítico de las condiciones morales que reúnen la mayoría de los Chiuj que tenemos el honor de conocer.

(4) Faquir-pl-fokara... en el sentido genérico significa, persona pobre, necesitada, mezquina etc., etc. En el sentido místico es empleado en las cofradías de doctrinas extáticas para designar a los «agoreros», «adivinos», exorcistas etc., que hacen conjuraciones contra los genios, los demonios etc., rezando plegarias al son de un tamboril. (Deppont y Coppolani op. cit.)

(5) V. Rev. de Trop. Coloniales. N.º 3 de Marzo. Tetuán y sus Mezcuitas. Pag. 14-15.

(6) La Zauia o Santuario de Sidi Yusef Et-Tilidi es muy venerada por la gente de todo Yebala. Está situada en la fracción de Beni-Tilidi de la kablla del Ajmás. Ant. Ramos en su interesantísimo trabajo sobre Yebala, titulado, «Informaciones Geográficas de la Zona Española» (inedita) dice que en dicho santuario se conserva el guión de guerra de esta fracción. El poblado o aduar de Tilidi se halla en el itinerario de Tetuán-Chefchauen; consta de ochocientos habitantes, agrícolas, religiosos y guerreros.

(7) No correspondiendo ahora tratar de las Zauias nos hemos visto obligados a hacer una excepción y hablar de la de Sidi Ali Ben Mesoud el Yoaidi por estar su historia, como hemos visto, íntimamente ligada con la de la construcción de la Mezquita del Ayun. Por ello dejamos para otra oportunidad el relatar alguno de los milagros del Santo.

(8) Rev. de Trop. Coloniales. N.º 3 de Marzo. Tetuán y sus Mezcuitas. Pag. 15.

(9) Rev. de Trop. Coloniales. N.º 3 de Marzo. Tetuán y sus Mezcuitas. Pag. 14-15.

PAGINAS PRETERITAS

1912-1913

La guerra europea, los sucesos ocurridos en los cuatro últimos años en las dos regiones de nuestra zona de protectorado y últimamente la anormal situación política en la Península, unido a que los pueblos suelen ser olvidadizos, motiva el que no se tenga lo presente que merece el gran servicio que prestaron en 1912, en Melilla, y el año siguiente en Tetuán, un pequeño núcleo de jefes y oficiales, verdadera *elite* de nuestro Ejército, dirigidos por el entonces Teniente Coronel Berenguer, tan universalmente considerado en todo el Norte de Marruecos por moros, cristianos y hebreos, kabileños y ciudadanos, civiles y militares.

Fueron meses de verdadera inquietud en la comarca de Melilla los primeros que transcurrieron del año 1912, pues la harca de Si Mohamdán Mizián, estratégicamente situada en el Mauro e integrada por un importante núcleo de huídos de Kelaia, por un regular contingente de *saidís* y un nutrido grupo de *uriaglis*, era una constante amenaza para el campo de Melilla, en el que contaba con muchos adeptos aquél *cherif*, debido a su prestigio religioso, a su valor y entereza, a su probado patriotismo y a la digna actitud en que se mantuvo durante la insurrección *rogghista*, no obstante las tentadoras ofertas que repetidamente se le hicieron desde Zeluán para que cesara de laborar contra el Pretendiente y abandonara la causa del Majzén.

Era, pues, un Viriato rifeño, que en poco estuvo no nos diera un serio disgusto en los últimos meses de 1911 y primeros del año siguiente, peligro que supo evitar, haciendo una labor política meritísima, el capitán de la rifa de Beni-Bu-Ifrur D. Manuel González Carrasco; dándose entonces el caso paradójico de que fuera esa fracción de Kelaia la que evitó el que Mizián se internara en dicha kabila, siendo así que de Beni-Bu-Ifrur era natural el cabecilla rifeño, y que en Segangan radica la *zauia* de su familia, *chorfa*, como es sabido. Y avalora el mérito de lo conseguido en 1912, la consideración de que, en 1921, dicha fracción se levantó en masa y tomó parte muy activa en las matanzas cometidas en Segangan, Nador, Zeluán y Arruit; y son sus habitantes los que más se obstinan en permanecer emigrados en la Argelia y zona francesa. Es una enseñanza que no debe olvidarse siempre que se trate del delicado asunto de la designación del personal interventor en las kabilas, civil o militar, (1)

Cerca de cincuenta mil soldados componían en Marzo de 1912 el ejército de ocupación en el pequeño territorio ocupado entonces en las proximidades de Melilla, y no obstante la importancia de ese contingente y su ventajosa posición, apoyado en los macizos del Gurugú y Uixan y en las alturas que dominan el bajo Kert, la situación era inquietante para nosotros; hasta el extremo de que se hablaba con insistencia de replegar las fuerzas y concentrarlas en el Gurugú, con la meseta de Taxuda como punto avanzado.

Entonces se hallaban en la primera fase de su organización las fuerzas Regulares indígenas, y se llevaba a cabo en las condiciones más desfavorables. Recientes las campañas de 1909 y 1911; amenazados por una in-

curso de la harca del Mizián; adversa la opinión dominante en los campamentos y centros burocráticos de Melilla hacia la naciente unidad, por dudar muchos de la adhesión de los nuevos soldados; despertando aquella cierto recelo en la Policía indígena, por entender (equivocadamente, dados sus diferentes cometidos) que eran redundantes las nuevas fuerzas musulmanas; y trabajadas estas por agentes del Mizián; nadie confiaba en Melilla en el éxito de la ardua empresa encomendada al Teniente Coronel Berenguer y a sus entusiastas subordinados.

Desde el primer momento tuvimos fé en que la organización se llevaría a cabo y en que la naciente unidad influiría grandemente en que variara la situación que se nos había creado en aquella comarca, siendo el único que participaba de nuestro optimismo Ben Abdel-Krim el Jattabi, entonces *fakih* de la Oficina indígena, quien varias veces nos habló de lo que al Mizián preocupaba el nuevo factor militar que aparecía en el Rif.

No tenían, en verdad; base muy sólida nuestro optimismo ni el del Jattabi, pues a las circunstancias apuntadas uníanse otras no menos dignas de consideración. Del conjunto de jefes y oficiales a quienes se encomendaba tan espinoso cometido, solo Berenguer, Cabanellas y Bazaine, habían tomado parte en las guerras coloniales; de los oficiales, solamente los capitanes Llanos y Cuevas habían servido en fuerzas indígenas, y salvo el segundo, nadie sabía hablar el árabe, los oficiales eran casi todos demasiado jóvenes para encomendarles el mando de soldados de aquella clase; y los elementos que se reclutaban no podían ser más heterogéneos: *askaris* de la Mehal'la imperial y de la del Roghi; moros de la Argelia y de la zona francesa; kabileños del Rif; algún que otro susi; y un reducido número de habitantes de Tánger, Tetuán, Arcila, Alcázar y Larache. Con esos elementos, consiguieron formar, en pocos meses, una excelente tropa, digna continuadora de los Mogataces de Orán, Berenguer, Cabanellas, Ponte, Núñez de Prado, Bazaine, Cuevas, Llanos, Franco, Pareja, Mola, Ayuso y otros brillantes oficiales; y apenas organizadas se cumplieron los temores que abrigaba el Mizián, (2) iniciándose con la desaparición de éste un largo periodo de tranquilidad en el territorio de Melilla, que bien pudo tener su epílogo en la cuenca del Nekor, si los sucesos ocurridos en Tetuán, en Junio de 1913, no hubieran exigido la presencia, allí, de los Regulares de Berenguer, que, por segunda vez y cuando apenas contaban año y medio de existencia la valerosa unidad, prestaron a España un gran servicio; pues el día que llegaron a la capital del Protectorado era tan inquietante la situación, que el enemigo tiroteaba los campamentos y la ciudad desde las faldas del «Dersa», causándonos bajas; y la noche antes eran insultadas las familias de los moros de la Milicia de Ceuta por las mujeres tetuaníes, que, desde las azoteas, anunciaban a aquellas que se repetirían, allí, los sucesos de Fez. Al día siguiente de llegar los Regulares la situación había cambiado por completo.

M. F.

(1) La gente de Beni-Bu-Ifrur alcanzó con nuestra ocupación un bienestar con que nunca soñaron, ganando crecidos jornales; siendo así que, hacia 1884, por seis reales trabajaban como segadores a los colonos del campo de Melilla.

(2) La noche que estaba expuesto el cadáver del Mizián en el hospital indígena de Melilla, nos decía el Jattabi: «No conozco otro hombre en el Rif capaz de dirigir un movimiento contra España o Francia»

SERVICIOS DE RETAGUARDIA

Por Enripue FLÓREZ

Encontrándome en Xauen, con la pluma en la mano y dispuesto a escribir el artículo que ahora escribo, llegaron a mi poder otros publicados en esta misma revista, explanando los mismos o parecidos conceptos y suscritos por firmas prestigiosas, lo que me hizo desistir de mi propósito. Sin embargo, recapacitando después sobre el mismo asunto y advirtiendo que los puntos de vista elegidos por unos y otros para observar el mismo panorama, son diferentes, me decido a echar mi cuarto a espadas sobre un asunto que, desde luego, reconozco que es superior a mis fuerzas, con el objeto de llamar sobre él la atención de escritores suficientemente capacitados y que, mediante datos técnicos y estadísticos, refuercen o refuten la opinión que sustento.

A parte de la conveniencia, por nadie discutida, de operar en estos terrenos por medio de columnas convergentes y de procurar en todo momento envolver fracciones importantes de enemigo, rompiendo su frente sin consistencia por el punto que se elija, existen, con una importancia apenas sospechosa por los profanos —y aun por algunos militares— los problemas de retaguardia, los magnos problemas de retaguardia, los oscuros y penosos servicios de retaguardia...

A muchos sorprendió —y ello fué motivo de críticas tan acervas como injustificadas para el alto mando— que en los numerosos casos de éxitos rotundos de nuestras tropas en todas las pasadas campañas sostenidas en Marruecos, no se haya sacado de ellas el partido que era de esperar, continuando la persecución del enemigo en días sucesivos, vivaqueando en los puntos en que la noche sorprendiese a nuestras fuerzas y prosiguiendo en un avance arrollador y ya sin resistencia hasta lograr todos los objetivos que la labor política aconsejara.

Injustificadas llamo a esas críticas y para comprenderlo así basta observar esos interminables convoyes de camiones automóviles que, luchando con dificultades casi insuperables (y digo casi porque los convoyes llegan a su destino) recorren constantemente la pista militar de Tetuán a Xauen; basta ver esos transportes marítimos que, luchando frecuentemente con el mal estado del mar, se estacionan días y más días ante Uad-Lau, Tanger, Teguisas y M'Ter para descargar penosamente toneladas y toneladas de lo más indispensable para el sostenimiento de las fuerzas que guarnecen la costa. ¿Como es posible que se conciba que, con unos cuantos cientos de mulos, subiendo y bajando riscos, se pueden abastecer miles de hombres y cientos de cabezas de ganado que avanzan sin cesar? Para ello sería necesario quintuplicar las fuerzas de parque móvil de artillería y las compañías de intendencia; pero no sería esto suficiente, pues el abastecimiento de las bases, que es penoso en tiempo normal, se haría imposible al emprender operaciones y, por lo tanto, aglomerar fuerzas en el sector correspondiente en cantidad crecida. Esto explica las detenciones que, bien a su pesar y en pleno éxito, se veían obligados a ordenar los generales; era preciso esperar al abastecimiento de las nuevas bases y, por ende, al de las antiguas.

Estas detenciones daban tiempo al que no podemos llamar enemigo, pues nuestra misión nos lo veda, sino rebelde, a reportarse de municiones y provisiones de boca; unas docenas de cartuchos, unas tortas correosas

y elásticas y unos higos, eran suficientes para que cada uno de ellos se encontrase en condiciones de combatir.

Pero este mal no es posible aceptarlo con pasividad; es preciso remediarlo sin grandes dispendios para la Patria y para ello creo conveniente —entre otras, acaso más eficaces— la solución que seguidamente expongo:

Los romanos fueron en sus buenos tiempos de la antigüedad, maestros en el arte de combatir y no se desdeñaban de empuñar el arado en tiempo de paz ni de llevarlo consigo en las campañas que emprendían, enseñando su uso a los pueblos conquistados. Hay ideas inmutables que ni la veloz carrera del progreso de los tiempos actuales puede modificar en un ápice; podrán olvidarse en virtud de esa velocidad vertiginosa, pero la verdad sigue siendo verdad a pesar de todo. Empuñemos, pues, el arado moderno, fertilicemos estos campos, saquemos de ellos el provecho que se puede y se debe sacar y con ello haremos un gran servicio a España y a sus protegidos.

Tetuán, Xauen, Uad-Lau y tantos otros puntos de importancia agrícola, deben estar dotados de granjas experimentales, que den normas de cultivo a toda la región a ellas afecta y los campamentos y posiciones deben disponer de extensiones cultivables en las que el soldado aprenda las prácticas del cultivo moderno, con lo que se prestaría un servicio no despreciable a la agricultura nacional y cada posición reduciría considerablemente en magnitud y número los convoyes que habrían de abastecerla. Si toda la paja, toda la cebada y todo el trigo que se consumen se produjesen en el lugar en que han de ser consumidos, el problema que nos ocupa quedaría muy descargado del agobio que sobre él pesa en la actualidad.

Una vez conseguido esto, con un ligero aumento de parque móvil de artillería, de compañías de intendencia y de fuerzas de zapadores que rápidamente hiciesen practicables los caminos a los camiones hasta los puntos en que fuese posible, podría llevarse a la práctica ese aprovechamiento de la victoria que el arte militar aconseja y que hoy no puede tener realidad.

En apoyo de estas ideas no presento datos estadísticos —de los que carezco—; pero creo que la fuerza de los argumentos es suficiente. Por otra parte, enfocado el asunto desde otro punto de vista, hay que reconocer que todos los productos obtenidos, pagando al soldado franco de servicio que trabaje de hortelano, un jornal reducido, resultarían baratos. No creo difícil averiguar lo que cuesta al Estado un kg. de cebada adquirido en la Península, trasladado hasta Algeciras, embarcado hasta Ceuta, transportado a Tetuán, llevado a Xauen, luego a Dra el Chef y por último a Bab el Hamara; más difícil sería saber las mermas que hasta allí sufre con tanto trasiego. ¿No reportaría a la postre, la solución apuntada una gran economía para el erario de la Nación? Esto sin contar con las contribuciones que el mejor cultivo de la tierra, hecho por los moros, nos daría derecho a esperar ver aumentar en cantidad no despreciable. De eso a esperar que el Marruecos español sea uno de los abastecedores de la Patria nuestra, solo mediarían unos cuantos años.

Enrique FLÓREZ
Capitán de Artillería

La Clave de la Conversación Hispano-Arabe. Método fácil para aprender a hablar el Arabe vulgar sin profesor, por medio de la pronunciación figurada, por Fermín de Villalta y Llamas.

Nuestro tan inteligente y culto colaborador arabista Fermín Villalta, ha querido agregar un motivo más de la consideración que se merece, como infatigable cooperador de la empresa española en Marruecos. Esta vez el esfuerzo de Villalta, aunque algo menos brillante en apariencia, es a nuestro juicio francamente positivo y útil.

No cabe duda que la íntima penetración de las dos razas y los dos pueblos, de sus culturas, su comercio y sus industrias, exigen vencer el obstáculo tan considerable de la diferencia de idiomas. Y es el pue-

blo más culto el que debe hablar al protegido en su propio lenguaje.

El autor ha querido ofrecer al público no dispuesto a profundos y difíciles estudios filológicos y gramaticales, un método para alcanzar una rápida preparación que le permita el comercio de ideas con el indígena, prescindiendo de las complicaciones de la escritura arábiga y acudiendo a la figuración fonética.

Ofrece además el libro del señor Villalta la especialidad de dedicarse con preferencia «a nuestro valiente y abnegado Ejército, llevado por su misión a estar en constante contacto con los indígenas en las ciudades y en el campo», y con estas miras ha constituido nuestro querido compañero su sistema didáctico, añadiendo además al método un vocabulario de voces de mando y términos militares, que le hace altamente útil e interesante para nuestros oficiales y clases.

Auguramos un brillante éxito al señor Villalta y le deseamos muy de veras el que se merece por sus eruditos y juiciosos trabajos por la obra de España en África.

**

Al cerrar este número, recibimos de nuestro querido y admirado amigo Tomás Borrás un ejemplar de la edición de su novela, «La Pared de Tela de Araña», ya conocida por el público por haberse publicado en el semanario «Nuevo Mundo». En el próximo número nos honraremos dando cuenta de esta brillante producción de Borrás, tan llena de emociones y recuerdos para el valiente Ejército de España en Yebala. Por ahora nos contentamos con enviar al exquisito literato y vibrante cronista, nuestro cariño y nuestro agradecimiento.

Fábrica de Metales de Lugones

ASTURIAS

Director gerente

de la Sociedad:

**Excmo. Sr. Conde de Santa
Bárbara de Lugones**

Director técnico

de la Fábrica:

**D. José María Fernández
Ladreda**

PERTENECIENTE A LA SOCIEDAD

INDUSTRIAL ASTURIANA

Capital:

20.000.000 de Ptas.



Instalaciones modernas de cobre eléctrico. ♦♦ Refino del cobre tipos Bests Selected y Standard. ♦♦ Preparaciones de las más importantes aleaciones de cobre. ♦♦ Trefilería moderna. ♦♦ Fabricación de barras y tubos de latón y cobre en prensa hidráulica. ♦♦ Fabricación del latón militar para la cartuchería del Ejército y Marina.